

LA BALADA

DEL CARTERISTA

¡VAN A ACABAR
CON EL OFICIO!
HE AFANADO
SEIS CARTERAS
Y LA GENTE
NO LLEVA
MAS QUE
LETRAS
PROTESTADAS

Un "oficio"
que se
extingue



R.

ES difícil reconocerlos por su aspecto. Unos van maqueados en plan bien, corbata y aspecto de señores, niñas de manicura y pelo de peluquería fina, como Juanito «El Guapo» y Pepe «El Vaselinas». Se lo hacen de finolis, de tios con clase. Otros se trabajan la piel en atuendo deportivo, con Paredes en los pinreales, camiseta Adidas y pelo largo, como Fernando «El Estivamacuina». No hay un rasgo exterior concreto que defina a los carteristas, también llamados «carteras» o «tomadores del pico». Como mucho, en sus pastos habituales, sus zonas de acción, puede mordorse a alguno gracias a la «muleta», el periódico u objeto con el que distraen al primo, a la víctima, mientras le roban la cartera. O quizá, con suerte, se sorprenda a uno de ellos en el momento de «correrle el burro» al tapia o consorte, antes de abrirse rápidamente para, a salvo de miradas indiscretas, «plantar la saña» y contar el botín. Pero es muy difícil pillarlos de marrón, porque son veteranos, más vivos que el hambre, y en cuanto olfatean a la pasma se escaquean como ardillas.

La edad media del «cartera» es de cuarenta años, y eso es alarmante para los que siguen el oficio con vocación. Las generaciones jóvenes ya son incapaces de pasarse una buena temporada aprendiendo con paciencia el difícil oficio de «tomadores del dui», que, más que oficio, es un arte. Ahora se lamentan los clásicos como Eduardo «El Tersiopelos», cualquier crío con una navaja pega una sirla en una esquina y saca más pasta que un cartera honrado de toda la vida en una tarde de afanarse en el Metro o en la cola de un cine. Hoy, por desgracia, la violencia es más rentable que la habilidad y el pundonor profesional. La «chori», la navaja, y la «fuska», la lodia pistola, son las herramientas de trabajo de las nuevas generaciones, que dejan eso de los dedos hábiles para los carrozas. ¡Qué tiempos aquellos en los que Amalia «La Verderona» pagaba cinco duros por matricularse en una escuela de carteristas, en la que se hacían prácticas sobre un maniquí lleno de cascabeles!

HOMBRES PACIFICOS

La raza del «cartera» se extingue sin remedio. Todavía hay quien sueña con épocas mejores, como los Mundiales de Fútbol que están ahí, a la vuelta de la esquina; pero ya no es lo mismo que antes. ¿Dónde están aquellos guiris, los rubiales y despistados extranjeros, a los que las pieles se les caían del grillo de llenas de billetes que venían? Aquello se acabó. Ahora, lo único que encuentra uno a la hora de pintar la saña, operación de registrar el contenido de la cartera antes de echarla a un buzón de correos

o a una papelera, son tarjetas de crédito, tarjetas de visita, facturas de El Corte Inglés, pelusa del bolsillo y, a veces, un billete de cinco mil pelas más falso que Judas. Ya hemos dicho que al cartera es muy difícil pillarlo por el morro, de marrón, porque en cuanto huele a madero, a pasma, se abre como un rayo. El carterista es un hombre prevenido que ya ha pasado por el trullo o maco muchas veces, que se conoce la «Gandula», la ley

de Vagos y Maleantes, como la palma de la mano, y tiene algo así como un sexto sentido. Como mucho, el madero que lo muerte le suelta el «Mariano, estás servido», porque lo conoce y sabe que es del oficio, pero no porque la pille con ja mano en el fili de la víctima.

El cartera suele ser tratado con cierto respeto por la Policía, porque es hombre que, al trincar, lo no suele dar bronca. Elemento pacífico y de trabajo artesanal, no lleva chori, ni baldeo, ni fuska, ni arma de ningún tipo. El vive honradamente del pico, de sus dos hábiles dedos, y eso de resistirse a la autoridad se lo deja a los grapos. Como mucho, si el madero que pretende colocarlo resulta ser un «galgo», uno nuevo a quien el cartera no conoce, puede salir de naja u organizar un conato de bronca; pero cuando se trata de un cu-

rrante de la pringue ya conocido, el carterista se deja conducir dócilmente, como un amable corderillo. Todos los carteras de ley recuerdan con mucho cariño a un madero ya mítico, un tío legal, que era un auténtico señor con los carteristas: el «señor Luengo», antiguo jefe de un grupo de la Criminal, cuyo prestigio entre los carteras era tanto que los detenía en el Metro de andén a andén. El iba a coger el tubo y morría a un cartera conocido en el andén opuesto y le gritaba: «Fulano, estás servido». Y el cartera acudía, obediente, a ponerse a disposición de su aprehensor. Tal era su prestigio que cuando un cartera le daba la bronca a un galgo joven que pretendía colocarlo, al madero le bastaba con decir: «Oye, que soy del grupo del señor Luengo», y el delincuente se amansaba como por arte de magia. Y es que eran otros tiempos.

CAZADOR SOLITARIO

Normalmente, el cartera es un cazador solitario que, como mucho, actúa acompañado por un consorte. La misión de este consorte o tapia consiste en coger la cartera cuando el cartera le «corre el burro» para que, si el fili o víctima se echa sobre él, no le pillen con el consumao encima, y razón de más si quien le cae es un madero. Los pastos en los que opera suelen ser sitios fijos: estación de Atocha, colas de cines, Metro, autobuses que hacen la línea de Gran Vía, etc. A la hora de trabajar hay dos modalidades básicas. La pri-

mera es trabajar aplastao junto a la víctima, en el Metro o en cualquier lugar en donde ésta se encuentre inmóvil. El otro sistema, reservado a los virtuosos, es trabajar «al paso», por la calle, tropezando y haciendo que, con habilidad, la piel cambie de dueño en escasos segundos. Pero para esta última modalidad hay que ser un figura como Manolito «El Granaino», capaz de quitarle las herraduras a un caballo al galope.

La operación de «tomar con el dos» no es cualquier cosa, y los carteristas de buena escuela la dominan como nadie. En el Metro, por ejemplo, el cartera se presenta con su consorte, dispuesto a ganarse el pan de sus hijos. Una vez dentro del tubo, nuestro hombre se pone a trabajar en la parte de atrás de los vagones para poder abrirse rápidamente en caso de que lo muerdan. Barbea un poco, mira a ver cómo está el pajeo, busca un lila y se prepara a darle la castaña. Generalmente, el cartera trabaja con un ojo en el pringao, en el objetivo, y el otro atento a descubrir si las proximidades huelen a madero. Aproximándose al primo a desplumar, el carterista observa la bimba, el bulto que hace ja piel y que indica si está muy llena o no. La cartera puede estar en el fili de la buena (bolsillo interior derecho de la chaqueta), en el fili de la manca (bolsillo interior izquierdo), en el fili de la buhardilla (bolsillo superior), en el fili del foso (bolsillo pequeño del pantalón), en el fili del doble (bolsillo del chaleco), o en el fili de la cula (bol-

sillo de atrás del pantalón). Generalmente, la piel suele llevarse en el fili de la buena, y es allí donde, una vez localizada, nuestro carterista mete el pico, los dedos índice y medio, y extrae la cartera, también conocida, aparte de piel, por saña, música, o gaita. Una vez dada la castaña, el cartera le corre el burro al consorte, que se abre con el producto en la siguiente estación, donde se pinta la piel, y se astilla, se reparte, el contenido, la guita.

El carterista es un caballero, un señor, y eso está reconocido hasta por sus cordiales enemigos de la pasma. Raro es que uno del gremio pretenda comprar su libertad a costa de contarle a los maderos una milonga de cualquier colega. El carterista tiene su ética, y la palabra «chivato» o «confite» le horroriza. Pase lo que pase, un cartera legal jamás se derrota de un hermano de oficio.

Pocos así van quedando, y el relevo generacional, como ya hemos visto, apunta hacia otros derroteros de violencia y dinero fácil que se dan de patadas con esta estirpe de tomadores del dos que en otros tiempos fueron los amos de la calle. Ahora, los pocos que van quedando se ven arrinconados tanto por esos nifatos de chori y fuska como por los guiris, ya sean sudacas o morubas, que vienen aquí a ganarse las judías y les quitan el pan de la boca a los carteras españoles. Y es que, como dice Juan «el de la Venta», con su colilla en la comisura de la boca: «Ya no se respeta ni la más sagra».

- Los viejos «tomadores del dos» se ven desplazados por nifatos de pistola y navajazo
- Las generaciones de jóvenes delincuentes apuntan hacia derroteros de violencia, lejos del difícil arte de aligerar limpiamente los bolsillos



ORTUÑO

Firma Nacio

dedicada a red
gía, artículo de
consumo, solíc

REPRESENTA LIBRE

a comisión

Dirigirse a SII
Tenor Flea, nú
ZARAGOZA

EMPRESA

Reduzca el pa
fomente el em

Para la adecuada
tación de sus trab
obteniendo las b
ciones autorizadas
A e u rdo Nacion
Emploe, utilice la



www.icorso.com